



Hagamos propósito de ni un solo día, «se deje las horas de oración»

[ Audio [SoundCloud](#)]

[ Audio [G Drive](#)]

El momento de la Última Cena es considerado por San Ignacio en los Ejercicios como el pórtico a toda la Pasión de Jesús.

Santa Teresa evoca la escena de la Cena, como ilustrativa de que el deseo de Jesús de ayudar a la salvación de todos supera el rechazo a los males que se le vienen encima. Teniendo en cuenta el mandamiento del amor, formalizado explícitamente en la última Cena, la Santa invita al amor concreto a las personas más cercanas, a las hermanas —«*forzad vuestra voluntad para que se haga en todo la voluntad de las hermanas*», «*olvidar vuestro bien por el suyo*»—, siguiendo el ejemplo de Jesucristo, que «*por librarnos de la muerte, murió una muerte tan penosa como muerte de cruz*».

«Veis aquí, hermanas, lo que nuestro Dios hace aquí para que esta alma ya se conozca por suya [...] ¿Quién más debía querer salir de esta vida? Y así lo dijo Su Majestad en la Cena: Con deseo he deseado [...] Pues ¿cómo, Señor, no se os puso delante la trabajosa muerte que habéis de morir tan penosa y espantosa? No, porque el grande amor que tengo y deseo de que se salven las almas sobrepuja sin comparación a esas penas; y las muy grandísimas que he padecido y padezco, después de que estoy en el mundo, son bastantes para no tener ésas en nada en su comparación» (Moradas 5, 2, 13).

Y nos habla la Santa del ofrecimiento costoso por los demás:

«Pedid a nuestro Señor que os dé con perfección este amor del prójimo y dejad hacer a Su Majestad, que Él os dará más que sepáis desear, como vosotras os esforcéis y procuréis, en todo lo que pudiereis esto; y forzad vuestra voluntad para que se haga en todo la de las hermanas, aunque perdáis la de vuestro derecho, u olvidar vuestro bien por el suyo, aunque más contradicción os haga el natural; y procurar tomar trabajo por quitarle al prójimo, cuando se ofreciese. No penséis que no ha de costar algo, y que os lo habéis de encontrar hecho. Mirad lo que costó a nuestro Esposo el amor que nos tuvo, que por librarnos de la muerte, la murió tan penosa como muerte de cruz» (Moradas 5, 3, 12).

Orar es hacer en la tierra lo que algún día realizaremos en el cielo. Allí los ángeles y santos ven a Dios, le aman. «*Estad siempre gozosos y orad sin cesar*» (1Tes 5,17). No solo esta recomendación que lo impone, sino otras palabras del Evangelio: «*Permaneced en Mí*» (Jn 15,17). Y no vale que el discípulo del Maestro entre en contacto con Él en algunos momentos o en ciertos tiempos del año, sino siempre.



«Así que, oración mental, y quien ésta no pudiere, vocal y lección y coloquios con Dios... No se deje las horas de oración» (Camino de Perfección -autógrafo de Valladolid- 18,4).

La oración continua nos hace vivir en amistosa relación con Él. Ciertamente, entre dos amigos, la amistad pide largas y frecuentes conversaciones; pero es cierto que a veces, si no es posible, la amistad se mantiene y crece con frecuentes relaciones personales breves. [...] la vida sin oración es lo peor que nos puede pasar, dice la Santa.

«¿Por qué lo han de dejar? Por cierto, si no es por pasar con más trabajo los trabajos de la vida, yo no lo puedo entender, y por cerrar a Dios la puerta para que en ella no les dé contento» (Vida 8,8).

Pues bien, es posible que Dios no le dé a uno la gracia de tener largos ratos de oración, pero es indudable que quiere dar a todos sus hijos, sea cual fuere su vocación y forma de vida, esa oración continua que nos hace vivir siempre en amistad filial con Él. [...] La Santa, como tenía experiencia de lo que ayuda San José, recomienda recurrir a él para llevar vida de oración. Quizás lo dice pensando en el Portal de Belén, en el Hogar de Nazaret, nadie como San José trató de amistad muchas veces a solas con quienes sabía que le amaban, y a quien él amaba intensamente; es decir, a María, y a Jesús.

«Quien no hallare maestro que le enseñe oración, tome este glorioso santo (*san José*) por maestro y no errará el camino» (Vida 6,8).

Quizás con estos textos de la Santa, y con su mala experiencia de haber dejado en un momento concreto la oración, nosotros como ella, en ejercicios nos convenzamos de no dejar la oración si ya la hacemos, y de comenzar en serio si no hacemos nada o poco tiempo de oración.

«Dios pone un gran deseo de ir adelante en la oración y no la dejar por ninguna cosa de trabajo que le pudiese suceder» (Vida 15,14).

En definitiva, si la oración es muy necesaria para la vida del cristiano, no podemos faltar ningún día a la cita. Pero no debe preocuparnos tanto qué clase de oración hacer, sino, estar tratando de diversas maneras con el Señor. O bien hablando con Él, que es vocal. O bien lo que hacía la Virgen, meditando en su corazón. O bien pensando en Él. O bien en silencio. O bien mirándole. O bien con gestos, que en definitiva son para Él. Pero sin dejar de acudir a la cita cada día. **Todos los días.** [...] Hagamos en ejercicios el propósito de nunca más vivir sin oración. Es el remedio necesario para convertirnos [...]. ¡Dios nos libre de dejar ni un solo día la oración!

«No me parece es otra cosa perder el camino sino dejar la oración. ¡Dios nos libre, por quien Él es!» (Vida 19,12).

Muchas veces Santa Teresa gustó a lo largo de su vida de las cruces externas e internas. Estaba convencida de que era el único camino que nos lleva a identificarnos con Jesucristo. Las cruces de la vida deben ser para todos los cristianos una prolongación de la cruz de Cristo. Y si lo que queremos es apartarnos de lo pecaminoso para buscar y hallar la voluntad de Dios, las cruces son un remedio



muy bueno para avanzar por el camino de conversión que pretendemos con los ejercicios. O como dice la Santa, para emprender camino de perfección.

«El mismo Señor mostró ese camino de perfección diciendo: «Toma tu cruz y sígueme». Él es nuestro dechado; no hay que temer quien por sólo contentarle siguiere sus consejos» (Vida 15,13).

[...] Para la Santa, la cruz es la vida, y lo que tanto nos interesa conocer, el camino que nos llevará un día al cielo.

«En la cruz está la vida / y el consuelo, / y ella sola es el camino / para el cielo» (Poesías 8).

Decía San Juan Pablo II: «Quiero haceros notar que esa cruz de cada día es especialmente vuestra lucha cotidiana por ser buenos cristianos que os hace colaboradores en la obra de la Redención de Cristo; de esta manera contribuís a llevar a cabo la reconciliación de todos los hombres y de toda la creación con Dios. Es un hermoso programa de vida, que exige generosidad»¹. El P. Jerónimo Gracián, que ocupaba un puesto importante entre los amigos de Jesús, recibió de la Santa una carta.

«Terriblemente trata Dios a sus amigos. Aunque a la verdad no les hace agravio, pues se hubo (se comportó), así con su Hijo» (Carta 10).

[...] San Juan de la Cruz, a quien preguntó el Señor qué quería en recompensa de los trabajos que había sufrido por Él contestó: «Señor, lo que quiero es que me deis trabajos que padecer por vos y que sea yo menospreciado y tenido en poco»². El Santo es muy realista, porque sabe que en el camino del amor hay que contar con la cruz, que «el camino de padecer es más seguro y aún más provechoso que el de gozar y hacer»³. Santa Teresita llegó a aficionarse tanto al dolor que se vio obligada a confesar: «Encontré mi felicidad en la tierra; pero únicamente en el sufrimiento, porque he sufrido mucho aquí abajo. He llegado a no poder padecer ya, porque me es dulce todo padecimiento»⁴.

«Y así tengo experiencia que el verdadero remedio para no caer es asirnos a la cruz y confiar en Él que en ella se puso» (Cuentas de conciencia 3,1).

El mundo siempre ha aborrecido la cruz. Jesús crucificado no solo derrama bálsamos de dolor, sino que hace amable el sufrimiento y a sus seguidores les inspira deseos de sufrir. Aunque este sea hoy un lenguaje incomprensible a la naturaleza humana. Siempre lo fue, pero esta generación actual, criada en un ambiente de confort, de sensualidad, de caprichos, que tiene como ideal el dinero, ¿cómo hablarles de la pobreza de Jesucristo crucificado? Una generación que consume su ingenio y su trabajo en buscar refinamientos al placer y a la comodidad, ¿cómo recibirá los dolores y asperezas de la cruz? Es verdad que esta generación acepta sacrificios, pero los que imponen las modas, las piscinas, la estética, la belleza, toda clase de dietas para que el físico llame más la

¹ JUAN PABLO II, Buenos Aires. 11-4-1987.

² Ms. 12738 fol. 615: Declaración de Francisco de Yepes.

³ Noche Oscura 2, 16,9

⁴ TERESA DE LISIEUX, o.c., p. 800.



atención. Pero sufrir por Jesucristo hoy no está en consonancia con las costumbres modernas. Y esto no nos evita que haya que llevar las cruces, porque todos las hemos de cargar.

«En estos principios está todo el mayor trabajo, aunque primeros y medianos y postreros, todos llevan sus cruces, aunque diferentes; que por este camino que fue Cristo han de ir los que le siguen, si no se quieren perder. ¡Y bienaventurados trabajos, que aun acá en la vida tan sobradamente se pagan!» (Vida 11,5).

Y sin embargo, el evangelio siempre es el mismo, y su esencia está condensada en las bienaventuranzas, que son un catálogo de renunciaciones continuas, que tiene la síntesis en la invitación de Jesús: «*El que quiera venir en pos de Mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día y sígame*» (Mt 16,24). También estas ideas equivocadas que tiene el mundo sobre la cruz, se meten entre los cristianos, y hasta entre las almas consagradas. El mundo moderno no quiere que se le hable de la cruz, como tampoco lo querían los apóstoles. En definitiva, solo aceptan sufrir por Cristo los que de verdad lo aman.

«Al que le ama mucho, ve que puede padecer mucho por Él; al que le ama poco, ve que puede padecer poco. Tengo para mí que la medida de poder llevar gran cruz o pequeña es la del amor. Así que, hermanas, si tenéis amor, procurad que no sean palabras de cumplimento las que decís a tan gran Señor, sino esforzaos a pasar lo que Su Majestad quiera» (Camino de Perfección -autógrafo de Valladolid- 32,7).



Solo Dios basta, ... ¡Ave María y adelante!